

En las tardes

Antonio Deltoro

Entre cuatro paredes
estás más habitado que solo.
El prójimo,
en su estado fantasma,
te llena la cabeza.

Rumiante, no de pasto,
sino de tu propia carne,
te asomas al espejo
y sientes voces y ausencias
que dan vértigo
por distantes y frías;

en el azogue,
que nada entiende,
hay una secuela
de rostros
movedizos y vivos;
desde el lado indoloro del espejo,
te miran con sus ojos.

Del lado del espejo
donde duele
fracturas olvidadas
te sacan al presente
con su dolor antiguo.

Al salir del trabajo,
cansado y gris como los otros,
sientes que nada tiene
para nadie sentido
y que vivir es triste.

La esencia borradora de la tarde
se apodera de todo.

Si, en cambio, estás acompañado
y en el ocio,
el otro, estés en donde estés,
es sólido:
él es “tú”
y tú, “yo”
y te devuelve,
más que el espejo,
casi como el dolor,
a ti mismo,
te pone en tu lugar,
te traza los contornos.

Si a la intemperie
del yo y del tú,
sales a pie
hacia el cielo y los árboles,
oyes, entre los numerosos pájaros,
uno solitario que silencia a los otros.

No quieres que el sol se meta,
quieres que no pase el crepúsculo.

Tan enfermizo como bello,
este canto desde distintos árboles
te hace vivir, desde distintas tardes,
en una muy antigua que envejece.

La sientes, moribunda,
cada vez que te apartas,
en la fragilidad dorada
que precede al poniente.